

FERNANDO ESCALANTE GONZALBO. *A la sombra de los libros. Lectura, mercado y vida pública*. México: El Colegio de México, 2007.

El estudio de Fernando Escalante nos ofrece una visión global y detallada de los vericuetos entre literatura y mundo editorial, ámbitos aparentemente irreconciliables. El libro que nos ocupa toca varios temas poco estudiados con seriedad en los medios académicos; el del mercado editorial de los autores consagrados, el de la influencia de los medios en la vida cultural y el de la presencia monopólica de las grandes editoriales españolas, francesas y norteamericanas a nivel global.

En el contexto mexicano nos enfrentamos a la dramática reducción del número de lectores y al pobre tiraje de ejemplares que en el caso más rentable no pasa de los 2000 volúmenes. El libro de Escalante, por ejemplo, que es una obra para especialistas, tuvo un tiraje de 1000 ejemplares de los que, en el mejor de los casos, espera venderse el 50% de la edición. No obstante, se sigue escribiendo novelas, cuentos, ensayos y poesía, ¿se trata, acaso, de que tenemos autores y no lectores? Con el rigor de las estadísticas, Escalante Gonzalbo estudia que hubo un período en la cultura mexicana en el que la alfabetización abrió nuevos mercados. A un mayor nivel de escolaridad crecía la calidad y la cantidad de consumo cultural. En tiempos recientes, los problemas educativos y económicos se ven reflejados en el escaso consumo de bienes culturales de calidad. Esto refleja dos situaciones, primero, el consumo de literatura de calidad se ha reducido a un núcleo de privilegiados lectores especializados que demandan libros complejos; y segundo, el mercado de consumo mayoritario es el de los libros de texto.

Escalante Gonzalbo encuentra dos contradicciones en torno al mundo editorial y sus repercusiones culturales en el contexto nacional. Por un lado, a pesar de que hay un número apreciable y cautivo de lectores especializados que demandan libros sobre política, medicina, antropología, historia y literatura, “en comparación con el conjunto de la población es una minoría verdaderamente insignificante. Eso tiene como consecuencia obvia que los libros no tengan casi ningún peso como forma de comunicación en el espacio público, ni lógicamente tampoco en las formas de diálogo propias de la cultura del libro” (116). A todo esto se suma el fracaso de las políticas oficiales para formar lectores y el casi nulo sistema de bibliotecas públicas.

Por otro lado, y sumado a la elitización de la literatura, está la trivialización mediática de la industria literaria. El escritor, como parte de su actividad, considera indispensable tener presencia en los medios, lo mismo que un agente editorial que programa su agenda, aunque el número de lectores sea mínimo. Escalante encuentra que la posibilidad de consagración como autor de ficción

está en los medios: la prensa, la radio y la televisión, que han formado un *star system* nacional que gira en los mismos nombres de consagrados que han acaparado los espacios editoriales y académicos, los premios nacionales y la influencia política. Nuestro autor concluye que aunque “nunca han tenido tanta presencia los intelectuales, acaso nunca hayan sido tan insignificantes como intelectuales” (338). Tal vez ésta sea una de las principales razones por la que la literatura mexicana sea tan trivial, narcisista y autocomplaciente en los últimos años.

A nivel global, *A la sombra de los libros* nos informa que las principales editoriales norteamericanas, francesas, españolas e inglesas han sido monopolizadas por consorcios empresariales que lo mismo fabrican armas, negocian con fármacos o editan best seller. Es el caso de la casa Hachette, Seuil, Flammarion, Random House y el Grupo Santillana. Los antiguos dueños de la casa Seuil fueron muy claros en sus razones por las que vendían su patrimonio: “seamos realistas, nuestra ética no es más que una imagen de marca separada del contenido real, logo que produce valor, produce valor [...] Vendamos ese capital simbólico antes de que su anacronismo anti-productivo acabe por demonetizarlo” (nota, 27).

Ya Karl Marx nos recordaba hace más de ciento veinte años en su *Miseria de la filosofía* que era signo de los tiempos modernos el ponerle precio a todo, sean bienes terrenales, bienes morales o culturales. A fin de cuentas, el mundo literario, como cualquier bien terrenal, no escapa de la lógica empresarial.

EDUARDO SERRATO CÓRDOVA  
Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM